

Del esfuerzo por otorgarle un significado preciso a nuestros conceptos depende la posibilidad de escoger aquellos hechos empíricos pertinentes para establecer una hipótesis respecto a la problemática que nos interese analizar, hipótesis que quedará corroborada o refutada al final de la investigación. Pero no se trata de encontrar el concepto verdadero o universalmente válido de "régimen político" o de "políticas estatales". Dado que no existen las definiciones esenciales, se trata de una decisión metodológica tanto respecto al objeto de estudio como a su conceptualización. En otras palabras, se trata de postular como válidos aquellos conceptos que mejor nos sirvan para explicar una problemática tal y como ésta ha sido planteada históricamente.

La conceptualización de nuestras reflexiones no consiste entonces, como parecen sospecharlo los autores de este libro, en un mero juego semántico. Por el contrario, este ejercicio constituye la condición *sine qua non* para todo quehacer científico, pues de él depende la capacidad de juicio a que se refería Kant tanto en el sentido de "juicios determinantes" como de "juicios reflexionantes", es decir, la capacidad de establecer una relación entre lo particular y lo universal. Si carecemos de ella, nunca dejaremos de fluctuar entre la "Escala de las generalizaciones fáciles y la Caribdis de los particulares irrelevantes".

El filósofo de la ciencia, Sir Karl Popper, le otorga un papel muy importante a la tradición en el avance del conocimiento científico. Nuestros autores le conceden la razón al aceptar que el análisis de la relación entre estructura gubernamental y políticas estatales constituye una preocupación de la filosofía política desde Aristóteles. El reto importante, tanto para los latinoamericanistas como para los estudiosos de la vinculación entre estas sociedades y su burocracia estatal, no está en patentar un nuevo problema como tal sino en el intento por definir los viejos problemas con una precisión y un rigor cada vez mayores.

KAREN KOVACS

DAVIS Nathaniel, *The last two years of Salvador Allende*, Cornell University Press, 1985, 480 pp.

La discusión sobre la "vía chilena al socialismo" motivó una serie de interpretaciones provenientes de todos los sectores del elenco político. Últimamente, empezaron a aparecer los "testimonios" o memorias confirmando o desmintiendo ciertas interpretaciones acaecidas en Chile durante 1970-1973.

Nathaniel Davis, embajador de los Estados Unidos en Chile durante este periodo, nos entrega su propia y personal narración de algunos de los hitos sobresalientes del proceso de la Unidad Popular y de la intervención estadounidense.

La construcción del libro es coherente, con buenas pruebas argumentales. Comienza, sin embargo, con un sofisma básico: la aceptación de cierta

intervención estadounidense para impedir el acceso al gobierno del presidente Allende en 1970, y el “olvido” o inexistencia de la participación directa en el golpe de Estado, incluida la responsabilidad personal, en la conspiración y derrocamiento del presidente constitucional.

El género testimonial, como lo demuestran las “Memorias” del ex-secretario Henry Kissinger, pueden servir para intentar una “operación limpieza” de la intervención de la International Telephone and Telegraph (ITT) y del gobierno de Nixon en el golpe de Estado.

El embajador N. Davis trata de probar la escasa participación de su gobierno: “Estoy razonablemente confiado en que no fue la política de los Estados Unidos durante mi tiempo en Chile [la que] ‘desestabilizó’ a Allende y trató de derrocarlo” (p. 327). El autor busca las causas del golpe de Estado en otras partes: “La idea que los chilenos ‘copiaron’ el golpe brasileño de 1964 es un punto de vista particularmente brasileño. Sin embargo, la conexión brasileña ha sido confirmada por muchas fuentes” (p. 331). La “prueba” de esta argumentación estaría en algunos escritos de diversos autores que señalan la participación de militares brasileños y su asesoría “técnica” en el golpe de Estado.

La justificación de la intervención estadounidense, hasta donde ésta es reconocida por el ex-embajador, encuentra su explicación en la necesidad de una sobrevivencia de la democracia: “Un juicio acerca de la cobertura de la intervención financiera estadounidense tiene que tomar en cuenta lo que otros estaban haciendo. En Chile, como en muchas democracias, la continuación del gobierno constitucional dependía de la supervivencia de la oposición constitucional, y el gobierno de la UP estaba tratando de asfixiar a sus adversarios” (p. 336).

En virtud de este argumento, podría decirse que para defender a la democracia se hacía necesario sepultarla. Como siempre, una supuesta “intervención” cubana y el apoyo financiero soviético, justificaban la participación estadounidense y el derrocamiento (cf. p. 341).

¿Cuáles eran los cargos de complicidad de los Estados Unidos y por qué complotaban?; ¿sabía el gobierno de los Estados Unidos de los planes para el golpe antes del 11 de septiembre? (p. 345).

El embajador Davis llama en su auxilio al “Comité Church” del Senado de su país: después de examinar el *top-secret* de la CIA, Departamento de Estado, Pentágono, y documentos de la Casa Blanca, concluye sin mayores argumentos: “¿Estaban los Estados Unidos directamente involucrados en el golpe de Estado de 1973 en Chile? El Comité no ha encontrado evidencia que así fuera” (p. 345).

El libro se ocupa de un conjunto de otros temas: la elección del presidente Allende, la crisis de julio-agosto, el día del golpe de Estado, el asesinato o suicidio del presidente, y un juicio acerca del gobierno militar.

En relación con la Junta Militar, el ex-embajador opina que ésta nunca proporcionó evidencias sobre el denominado “Plan Z” (supuestamente destinado a eliminar altas autoridades militares y de oposición), que jus-

tificó la sangrienta masacre de los partidarios del gobierno constitucional. En este tema, se plantea el problema de la protección de los ciudadanos norteamericanos, como pudo observarse en la película "Missing", que el autor discute con singular extensión.

Chile es preferible bajo el mando de la Junta que como un estado castrotrista, opina el autor (p. 399). En otros renglones, a nivel del diagnóstico del proceso, el autor establece un mayor grado de objetividad: destaca la falta de disciplina y unidad de la propia coalición de gobierno, y afirma que "sectores significativos de la oposición fueron también culpables de mala fe, intentos de subversión, actividades económicas destructivas, uso deshonesto de los medios de comunicación, sabotaje, terrorismo, y subestimación de las fundaciones sociales de la sociedad chilena" (p. 405).

Para concluir, el ex-embajador aboga por un retorno a la democracia, "el futuro de Chile no es siempre oscuro, no se ha extinguido la luz de la esperanza" (p. 407).

LUIS DÍAZ MÜLLER

GARCÍA Miguel Ángel, *El nacimiento de América*, México, Ex-temporáneos, Serie Ensayo, 1984, 284 pp.

Hasta hace pocos años se discutía acerca del carácter de las sociedades latinoamericanas y sus transformaciones desde sus orígenes hasta la actualidad. Estas polémicas prácticamente se interrumpieron y es posible que esto haya sucedido en consonancia con la crisis de las teorías sobre la dependencia. Uno de los últimos momentos de la polémica, referido al carácter de las sociedades coloniales y postcoloniales, hablaba de su naturaleza capitalista (hacia tiempo que habían quedado superadas las tesis acerca del carácter feudal de las mismas).

El texto de Miguel Ángel García, *El nacimiento de América*, llega en un momento poco propicio para tratar de presentar una alternativa teórica acerca del carácter de las sociedades americanas, desde la colonia hasta el siglo XIX. Para esto, trata de situarlas en un contexto más amplio que aquellos que han hablado de revoluciones democrático-burguesas, para referirse a las guerras de independencia, y prefiere llamarlas revoluciones capitalistas, puesto que "en la base de este fenómeno se encuentra la sustitución de los modos de producción precedentes por el modo de producción capitalista, mientras que su contenido histórico es la creación de las condiciones sociales e institucionales para el desarrollo del capitalismo, entre las cuales se encuentra precisamente, el Estado nacional" (p. 269).

Para García, las tareas históricas de la "revolución capitalista" en el continente americano fueron resueltas durante el ciclo de las guerras civiles que siguieron a las guerras de independencia. En los Estados Unidos, con la "guerra de secesión"; en Argentina, con la "organización nacional"; en Brasil, con la república federal; y en México, con la "revolución mexicana".